

I

DIOSES TRISTES E INFERNALES

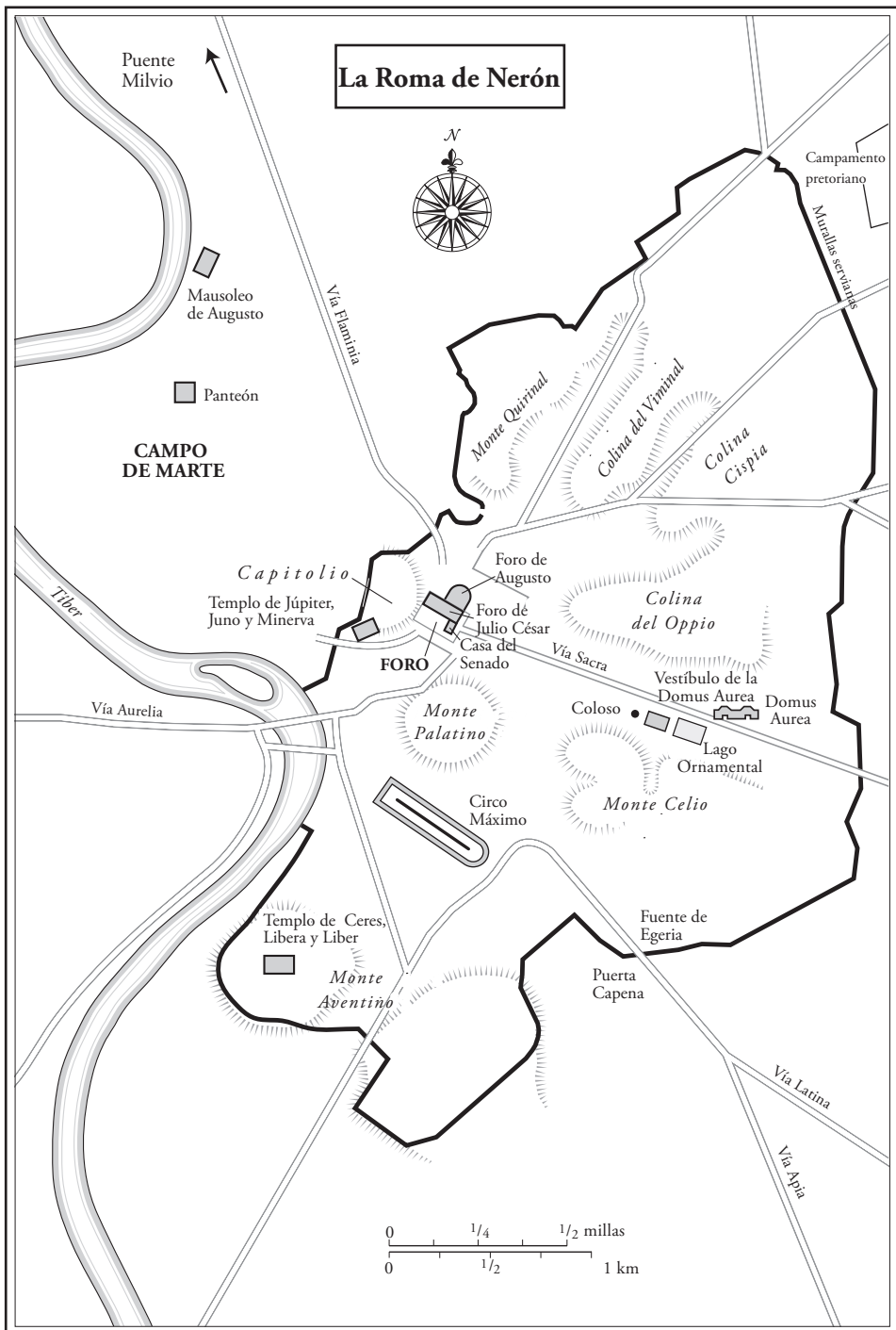
UNA EDAD DE ORO

Sesenta y cinco años después del nacimiento de Cristo, la mujer más célebre de Roma se convirtió en una divinidad. En la Tierra, se escenificó un suntuoso funeral para honrar su ascensión a los cielos. Su cadáver, relleno de las especias más caras que el dinero podía comprar, fue llevado en solemne procesión por la ladera del Palatino, la más grandiosa y exclusiva de las famosas siete colinas de la ciudad. Lo precedían coros que cantaban himnos funerarios y funcionarios enmascarados y disfrazados de los antepasados de la difunta; una escolta de soldados acompañaba al cadáver de la mujer. La procesión descendió al valle que discurría entre el Palatino y una segunda colina más pequeña, el Capitolio. Este valle —conocido como el Foro— era un lugar espléndido, a la altura de la ocasión. Pavimentado con mármol reluciente, rodeado de lujosos centros comerciales y adornado con una verdadera profusión de estatuas, templos y arcos, se alzaba en el corazón de la mayor ciudad del mundo.

«Roma, sede del imperio, morada de los dioses, domina desde sus siete colinas el orbe entero».¹ Así había aclamado la ciudad un poeta, unos cincuenta años antes. En las décadas intermedias, el dominio de Roma no había hecho más que expandirse. Incluso Britania, una tierra pantanosa más allá del Océano llena de bárbaros bebedores de leche, había sido obligada a reconocer su dominio. Desde Hispania hasta Siria, todo el

Mediterráneo era de Roma. En las orillas de aquel antiguo mar no había ciudad tan rica, tan bella o tan célebre que no cediera su lugar a Roma. Mientras la sombría procesión trasladaba a la difunta hacia el conjunto de estructuras frente al Capitolio, esta grandeza se manifestaba por todas partes. A la derecha de las plañideras, por ejemplo, a medida que avanzaban por el Foro, se extendía una superficie particularmente espectacular de templos y espacios abiertos. El complejo apenas tenía un siglo de antigüedad. Se erigió como un monumento a la conquista. El primer tramo que se completó, un foro levantado por un gran estadista y caudillo llamado Julio César —un hombre de logros tan trascendentes que había acabado siendo un dios—, se construyó con el botín de la Galia. El segundo tramo, otro foro, se financió igualmente con las victorias obtenidas a lo largo y ancho del mundo. El hombre responsable de esta ampliación hizo más que ningún otro romano por expandir el poder de su ciudad. Augusto —«un nombre que significaba ser algo más que humano»² era sobrino nieto e hijo adoptivo de César, y alcanzó tal gloria que incluso llegó a hacer sombra a la figura de su padre. Augusto se convirtió en el soberano de Egipto, una tierra incomparablemente rica y fértil; completó la pacificación de Hispania; aplastó a su autoritario paso a los salvajes que acechaban más allá del Rin. Obtuvo el botín a una escala que habría dejado estupefactos a los conquistadores que lo precedieron. Gran parte de ese botín lo gastó en embellecer Roma. «Se jactaba de haberla encontrado de ladrillo y de haberla dejado de mármol».³ Como era de esperar, el más espléndido de los muchos edificios que patrocinó, un gran templo en su foro adornado con estatuas y un tejado dorado, estaba dedicado a Marte, el dios de la guerra. Tras las lejanas fronteras, guarnecidas por la fuerza de combate más formidable que la Historia había conocido, los pueblos del mundo civilizado vivían en paz. El propio Augusto, una vez terminada su obra, ascendió al cielo para reunirse con su padre.

Una ciudad que reinaba como capital del mundo era algo más que una ciudad. Un siglo antes, un laberinto de calles estrechas se extendía donde ahora se alzaban los grandes complejos



de mármol. Bloques de apartamentos, talleres, tabernas: todo se había eliminado. La calma había sustituido al caos; la simetría, a la confusión. La dignidad del lugar no exigía menos. Aquel no era solo el corazón de Roma, sino el de todo lo que había más allá. Los dolientes, al depositar a la difunta sobre una rostra de mármol a la sombra del Capitolio, podían contemplar tras ella un monumento que realzaba aún más ese hecho: un gigantesco hito revestido de oro que llevaba allí ochenta y cinco años. Augusto, el hombre responsable de su erección, lo había encargado para marcar el punto desde el que debían medirse las distancias en todo el imperio. Ya fuera en los márgenes del Sáhara, en las orillas del Rin o en la costa del Océano, un romano podía saber con seguridad dónde se encontraba. Lo definía la distancia que lo separaba del Foro. Todos los caminos llevaban a Roma.

Sin embargo, no se olvidaba el pasado lejano, cuando los lobos acechaban el Palatino y el Foro era un pantano. Los poetas se deleitaban imaginando una época en la que el ganado vagaba por la futura capital del mundo y en la que los barcos que remontaban el Tíber lo hacían a la sombra de los bosques. No obstante, no era solo en la poesía donde el pueblo romano encontraba recordatorios de los inicios de su ciudad. Inmediatamente delante de la rostra donde los portadores habían depositado el féretro se veía un tramo de pavimento inconfundible. Este, negro contra el blanco del muro bajo de mármol que lo rodeaba, era el Lapis Niger: la «Piedra Negra». Los eruditos no se ponían de acuerdo sobre lo que significaba exactamente, pero nadie dudaba de que era muy antigua. Algunos afirmaban que marcaba el lugar de descanso final de Rómulo, un hijo de Marte que, 817 años antes, había fundado Roma y dado su nombre a la ciudad naciente. Otros insistían en que Rómulo, lejos de pudrirse en una tumba, había ascendido a los cielos envuelto en una tormenta, y que era esto —el momento en que un romano se había convertido por primera vez en un dios— lo que el Lapis Niger evocaba. De cualquier modo, servía como monumento conmemorativo de los dos primeros siglos y más de la Historia de la ciudad: una época en la que los romanos no vivían como ciudadanos, sino como súbditos de un *rex*: un rey.